

## Nueva interpretación de los textos sobre la conquista de Cartagena por Escipión

por

Antonio Beltrán



lo largo de las sesiones del Congreso Arqueológico de Levante se han puesto de manifiesto los intrincados problemas que la interpretación de las fuentes literarias plantea. Entre nosotros, la importante obra de estudio de los textos que se refieren a la Historia antigua peninsular ha sido acometida briosamente desde hace años por la Universidad de Barcelona, a través de los profesores Schulten, Bosch Gimpera y Pericot, en las *Fontes Hispaniæ Antiquæ*, y por el profesor García y Bellido, en sus numerosos y excelentes trabajos, entre otros. Un exponente claro, en un punto concreto, de la dificultad de interpretación se presenta, como ejemplo, en este trabajo. Los textos clásicos referentes al asedio de Cartagena por Escipión parecen tan claros que todos los autores se han limitado a repetirlos con pocas variaciones, y sin embargo, al estudiarlos detenidamente sobre el terreno se ha podido llegar a una serie de conclusiones sobre las circunstancias del referido hecho histórico, distintas a la interpretación corriente, advirtiéndose, de paso, la inseguridad del testimonio literario (1). Las discrepancias se refieren, en sustancia, al recorrido de las fuerzas romanas para llegar hasta las murallas, punto por donde las escalaron e influencia que las mareas pudieron tener en el plan de operaciones.

Los tratadistas que han usado los textos llegando a precisiones de interés sobre ellos han sido: Fernández Villamarzo (*Estudios gráficohistóricos de Cartagena*, Cartagena, 1905), deficiente en los aspectos de topografía y técnica arqueológica; Schulten (*Cartagena en la antigüedad*, Base núm. 2, Cartagena, 1945); García y Bellido («Cartagena en la antigüedad», *Investigación y Progreso*, 1943). La bibliografía escrita fuera de España es copiosa, aunque adolece del defecto de no haber pisado el terreno, confiando ciegamente en la letra

(1) Cfr. ANTONIO BELTRÁN: *Introducción al estudio de la Arqueología*, Murcia, 1947, y *Arqueología, Epigrafía y Numismática de Cartagena*, tesis doctoral inédita.

de los textos; los trabajos más notables son los de Kahrstédtt (*Geschichte der Karthager*, pág. 508), Cuntz (*Polybios Studien*, 1902), Kromayer (*Schlachtenatlas*), Schur (*Scipio*, 1927), Brewitz (*Scipio Africanus und die Eroberung von Neukarthago*, Hermes, 1921; pág. 131) y Strachan Davidson (*Selections from Polybios*, Oxford, 1888), cuyo trabajo se documentó por una semana de estancia en Cartagena, estudiando el terreno y sirviendo sus indicaciones para la obra de De Sanctis (*Storia dei Romani*, III), que las aprovechó para un plano.

Para el conocimiento de Cartagena en la época de la conquista romana es, ciertamente de extraordinario valor el relato de Polibio, tan ligado a Escipión, con quien había venido a España y que estuvo unos dos años en la Península, visitando entonces Cartagena; por esta razón su historia tiene más valor que la de Livio, aunque ésta no debe ser despreciada, como se hace corrientemente. Ambos tomaron datos de la historia del griego Sileno, que fué cronista de Aníbal, según García y Bellido (1).

Habiendo llegado a España Publio Cornelio Escipión, hijo del derrotado Publio, en el otoño del año 210, y recibiendo el cargo de procónsul, dedicó algún tiempo a la reorganización del ejército, que llegó a alcanzar unos 35.000 hombres, enterándose al mismo tiempo de la dispersión de las fuerzas cartaginesas, su alejamiento de Cartagena y el gran descuido en que tenían la flota. Todo ello le hizo desistir de atacar separadamente a cada uno de los ejércitos púnicos y le animó a forjar el atrevido plan de atacar la propia capital del sudeste, cuyas ventajas y particularidades había estudiado perfectamente durante el invierno, con los datos aportados por los prisioneros. Favoreció sus designios el que solamente defendiesen la ciudadela mil hombres y que el resto de los habitantes fuesen menestrales y artesanos, inútiles para el eficiente ejercicio de las armas; la abundancia de rehenes, dinero y pertrechos de sus almacenes acabó de decidirle. Conocía por unos pescadores (para Livio, de Tarragona) la existencia del *estero* o albufera y el mecanismo de sus mareas, así como su carácter pantanoso y vadeable por algunos puntos, retirándose regularmente la marea todos los días, al caer la tarde. Como los ejércitos enemigos estaban lejos, si el golpe fallaba, siempre habría la posibilidad de salvar las fuerzas de tierra por medio de la flota.

A principio de la primavera pasó el Ebro, y dejando en esta comarca a M. Silano con 3.000 infantes y 300 jinetes, se dirigió él, con 25.000 de a pie y 2.500 de a caballo, hacia el sur, dando instrucciones a Lelio, jefe de la flota y

---

(1) POLIBIO: X, 7, 6, a 10, 12, 1. Un excelente resumen de estas cuestiones y las que anteceden, en R. THOUVENOT: *Essai sur la Province Romaine de la Bétique*. París, 1940; SCHULTEN: *Cartagena en la Antigüedad*, Base 2; A. BELTRÁN: *Arqueología, Epigrafía y Numismática de Cartagena* (tesis doctoral inédita); *Guía Turística de Cartagena*, 1946; «Acerca de los nombres antiguos de Cartagena», *Anuario del S. I. P.*, Valencia, 1945.

único partícipe del secreto de la empresa, para que ajustase el navegar de los barcos a la marcha del ejército de tierra, de modo que se presentasen ambos simultáneamente en Cartagena (1).

Tanto Polibio como T. Livio aseguran que Escipión llegó en siete días a Cartagena y ya nadie afirma que tales jornadas fuesen desde el Ebro. Schulten hace un buen resumen de la cuestión (2); es indudable que los 480 kilómetros del Ebro a Cartagena no pudieron ser recorridos en siete días, que darían un promedio de 70 kilómetros por jornada. Kahrstedt trató de sustituir el 7 por 17, cosa que sería fácil escrito en números, pero no al estar en letra. De Sanctis hace notar que ya Droysen advirtió el error, y sugiere que tal vez se omitió una etapa, desde el Sucro, cosa que no tiene fundamento ninguno (3). En cambio, nos parece muy aceptable la tesis de Schulten; por un error frecuente en los autores romanos, contarían desde el Ebro, debiendo hacerlo desde Sagunto. Aunque no lo diga en apoyo de su tesis, es bien cierto que los romanos tenían ideas muy confusas sobre la situación de esta ciudad, alguna vez confundida con Cartagena (Appiano Iber., 19, «llamada antes Sagunto y ahora Cartagena»; Polibio, III, 30, 1, creía que estaba al norte del Ebro; lo propio en Anales y Appiano Ib., 6, que llega a decir que Sagunto está al norte del Ebro y que este río desemboca en el océano septentrional). Por lo tanto, desde Sagunto a Cartagena quedan unos 280 kilómetros, que en siete días pueden andarse a 40 kilómetros diarios, que dan exactamente las posibilidades de un hombre marchando al paso.

Llegados a Cartagena, acamparon los soldados de Escipión al norte, según Polibio y Livio, que le sigue. Por un error de orientación, fácilmente explicable por haber tomado como base la salida del sol, que en invierno tiene lugar por el SE., y no por el E., dan al oriente por septentrión y, por lo tanto, el campo de Escipión quedó en el actual barrio de Santa Lucía, probablemente en la falda del cabezo de los Moros, con lo cual tenían la espalda guardada y su izquierda protegida por la escuadra desde el mar, quedando la derecha cubierta por el estero. De aquí que el general mandase tirar dos fosos por detrás del campamento y dos trincheras de mar a mar «y por delante, mirando a la ciudad, lo dejó sin defensa porque la misma naturaleza del terreno le ponía bastante a cubierto de todo ataque» (Polibio, X, 9, 7). La especial topografía de este lugar hace lógica la fortificación realizada. De las fuerzas de

---

(1) Narran, además, la partida de Escipión y la conquista: APPIANO, *Iber*, 19 y 20; ZONARAS, 9, 8; OROSIO, 4, 18, 1, y muy extensamente, LIVIO, Lib. XXVI.

(2) *F. H. A.*, III, 100, y loc. cit. Base.

(3) *Storia dei romani*, III, 465. Escipión creyó lograr la cosa en pocos días y conocía el lado débil del Almajar. La cosa estaba bien meditada y no tiene fuerza la opinión de KAHRSTEDT, que dice que la empresa se llevó a cabo por una inspiración momentánea.

la guarnición no era de temer una salida, dado su corto número y el que, además, tendrían que seguir un camino descubierto hasta la vertiente del Cabezo de los Moros (lugares actuales del arranque de la carretera de la Unión, Parque de Intendencia Militar y Paseo de Santa Lucía); el cerro guardaba sobradamente las espaldas, aunque no sea muy escarpado por su parte oriental (*Tumulus Mercurii* o monte Ares), y no creemos, como dice Schulten, que Escipión temiese ataque ninguno, puesto que debía pensar en una campaña de resultados rapidísimos (De Sanctis).

Al día siguiente, después de tomadas las posiciones, dió orden a Gayo Lelio para que bloquease la ciudad por el lado del mar, cosa que podía hacerse en más de la mitad de su perímetro. Y él, con 2.000 hombres escogidos, que llevaban las escaleras, empezó el asedio a la hora tercera.

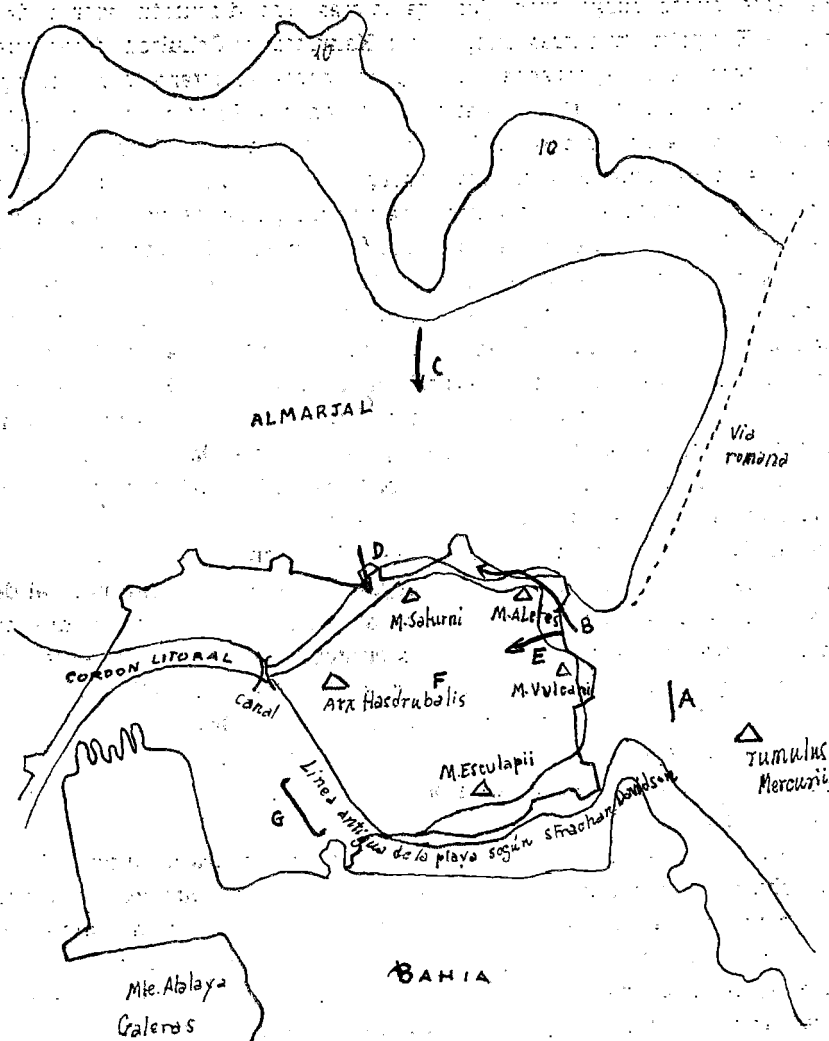
Para la mejor comprensión de la operación bélica es necesario hacer la indicación en líneas generales de la topografía de la ciudad en la Edad Antigua. Su perímetro venía a medir, aproximadamente, lo que el casco de la población moderna, limitado como estaba por las colinas que forman un cinturón a su alrededor y por el mar; el antiguo caserío amullarado iba de la Casa de Misericordia y la Plaza de Toros, al este, a la calle de Santa Florentina y Puerta de Murcia, al oeste, estando comprendida entre norte y sur por el Almarjal y la bahía, llegando el primero hasta la calle de San Fernando y la última hasta la falda del castillo; la línea del mar seguía desde los pies de la eminencia donde está fundado el Gobierno Militar, por la calle Mayor y Puerta de Murcia, hacia el Molinete, formando aquí una ensenada puesta en comunicación con la albufera por un canal. El Almarjal, que aun hoy es terreno inundable, estaba cubierto por una laguna o albufera de poco fondo, que se extendía hasta un punto más al oriente de la vía férrea, siguiendo cerca de la Torre Ciega, para buscar luego la actual curva de nivel de los cinco o seis metros; por el oeste llegaba hasta la falda del Monte Atalaya, y por el sur besaba los pies del Molinete, cerca de la calle de San Fernando. Entre la ciudad y el Monte Atalaya se formó un cordón arenoso litoral, de trazado incierto, pero que vendría a parar cerca de la Puerta de Murcia, atravesado por un canalillo artificial que comunicaba la albufera con el mar, y sobre aquél, un puente ponía en contacto la ciudad con su huerta. Los puertos estarían situados en la playa de la calle Mayor y en la clásica ensenada de Santa Lucía. El caserío amitrallado formaba, por lo tanto, una península cuyo istmo estaba desde los montes San José a Despeñaperros. El interior estaba entre los montes de Asclepios (Castillo de la Concepción), Hephaistos (Despeñaperros), Aletes (San José), Kronos (Sacro) y Arx o ciudadela (Molinete); fuera del recinto estaba el *Tumulus Mercurii* (Cerro de los Moros).

Magón, jefe de los defensores, distribuyó sus exiguas fuerzas de la forma

siguiente: Mil hombres en la ciudadela, llamada también «Arx Hasdrubalis», actual Molinete, y los otros mil, en «la colina que está al oriente (SE.) o *mons Sculapii*» (Castillo de la Concepción); eran estos dos montes los de mayor valor estratégico de la plaza asediada. El Castillo de la Concepción, el más alto y extenso, con los núcleos de población y dominando a un tiempo la bahía, hasta la ensenada de Santa Lucía y todo el centro de la ciudad, y el Molinete, sobre el desagüe del estero y la puerta y puente sobre la campiña. Dos mil ciudadanos, escogidos entre los mejores, fueron armados y situados en la puerta del istmo, frente al campamento romano; se hallaba esta puerta donde estuvo —hasta hace no mucho— la llamada de San José, entre las colinas Hephaistos y Aletes (Despeñaperros y San José, respectivamente), en una eminencia del terreno, fácilmente defendible. Otros textos, que sigue Schulten, dicen que los hombres de armas eran solamente mil y que fueron distribuidos en destacamentos de 500 entre ambos puntos fuertes (Livio). Todavía quedaba un numeroso contingente de ciudadanos dispuestos a acudir a donde fuera necesario en cada momento.

El primer encuentro se verificó entre fuerzas romanas de las que quedaron formadas en el istmo y la guarnición de la puerta, que antes de que se verificase el ataque cayó sobre el enemigo, que los contuvo y mantuvo la refriega indecisa hasta que las tropas que verificaron la salida volvieron a refugiarse tras los muros. Polibio y Livio, casi con las mismas palabras, explican este éxito romano porque Escipión formó sus huestes junto al campamento, a unos 350 metros de los muros («casi dos estadios»), y mientras los refuerzos cartagineses debían recorrer un largo camino, además de salir en escaso número por la estrecha puerta, los de los romanos estaban junto a los combatientes. Los detalles de la gran consternación de los sitiados, hasta el punto de que llegaron a abandonar la muralla, parecen exagerados.

Escipión, que vigilaba la marcha de los acontecimientos desde el Monte Mercurio (Cerro de los Moros), observando que en muchos puntos las murallas habían sido desamparadas, ordenó el asalto con escalas, dirigiendo él mismo el ataque, cubierto por los escudos de tres soldados que le acompañaban. Las narraciones de Livio y Polibio no hacen más que disfrazar un gran desastre romano; ambos se escudan en la gran altura de las murallas, que evitaba el que muchas escalas llegasen hasta el coronamiento del muro, y en que las más altas dejasen a los que subían por ellas a merced de los sitiados que, lanzando toda clase de objetos o simplemente empujándolas, hicieron gran mortandad, hasta que Escipión mandó tocar retirada. Aunque las murallas no fuesen de por sí muy altas, debieron parecerlo por hallarse montadas sobre las colinas en casi todo el perímetro. Mientras tanto, había atacado la escuadra «con más tumulto que éxito», según palabras de Livio.



- A. Campamento de Escipión al pie del Monte de los Meros.  
 B. Camino que siguieron las fuerzas que entraron en la ciudad por sorpresa.  
 C. Camino que deberían seguir en el caso en que hubieran de atravesar el Almarjal.  
 Nótese la imposibilidad de una sorpresa realizada por quinientos guerreros armados y con escalas, chapoteando en la albufera, hacia la mitad de la tarde.  
 D. Punto por donde saltaron la muralla.  
 E. Puerta del istmo donde se libraron los combates y por donde entraron las fuerzas romanas.  
 F. Posible lugar de emplazamiento del foro, donde acamparon los romanos para atacar los últimos reductos del Arx Hasdrubalis y el Mons Esculapii.  
 G. Puerta del mar y playa por donde atacó la escuadra de Lelio.

Los perfiles de la ciudad y del Armarjal —muy incorrectos— son de De Sanctis, sobre noticias de Strachan Davidson. Las referencias a las operaciones de Escipión corresponden al autor de este artículo.

En este punto surge entre los tratadistas una discusión acerca de los planes de Escipión; mientras unos, como Kahrstedt y Schulten, dicen que en este momento pensó aprovechar las noticias sobre el estero, para dirigir un ataque sobre esta parte (1), De Sanctis, siguiendo a Polibio, asegura que era cosa que ya tenía prevista (2). Schulten, al afirmar que «el fuerte ataque por el E. no está de acuerdo con esta concepción», se equivoca, puesto que es lógico que si pensaba atacar por sorpresa por un punto determinado, atrajese la atención de los sitiados hacia otro lugar, por medio de aparatosos ataques.

«Encontrándose en medio del día» (Livio) comenzó el reflujo, fenómeno del cual tuvo conocimiento por pescadores de Tarragona, que habían recorrido la laguna, tanto en barquillas como a pie cuando éstas tocaban el fondo (3); antes había ordenado un nuevo asalto con escalas, valiéndose de las tropas de refresco, atacando por todos los puntos simultáneamente. Quinientos hombres, también con escaleras, estaban preparados por el lado del estero. «Las aguas fueron dejando en seco, poco a poco, las orillas del mismo, pero congregadas en la boca, salían con ímpetu al mar inmediato, de modo que los que ignoraban la causa tenían por increíble este fenómeno», dice Polibio. Y Livio añade: «Cuando las aguas del estanque seguían ya el movimiento natural de la marea, levantándose viento norte, las rechazó con mayor violencia, quedando tan descubiertos los vados que en algunos puntos los soldados solamente tenían agua hasta la cintura y en otros apenas les llegaba a las rodillas.» De esta forma los quinientos hombres «atravesaron la laguna sin trabajo», y hallando desiertas las almenas se apoderaron del muro sin sacar la espada, mientras los que atacaban la puerta formaron la tortuga y trataron de despedazarla con hachas y azuelas.

El paso del estero plantea algunas dudas y dificultades de interpretación; tanto Schulten como García y Bellido (4) dan la nota que les proporcionó Casal, según la cual la marea, en el puerto de Cartagena, es actualmente de 20 centímetros. Se nos ocurre pensar que una disminución de 20 centímetros en el nivel de la laguna iba a aprovechar muy poco a los soldados que tenían que vadearlo y ni siquiera podría servir para tratar de ver los vados, como dice Livio. Añádase a esto que la diferencia de 20 centímetros no es en el

---

(1) *F. H. A.*, III, 107.

(2) *Storia dei romani*, III, 465.

(3) Livio, XXVI, 45. Sobre el punto de los pescadores de Tarragona, GARCÍA Y BELLIDO: «La navegación ibérica en la antigüedad, según los textos clásicos y la arqueología», separata de la revista *Estudios Geográficos*, año V, núm. 16, págs. 511-560; POLIBIO, X, 7-8, no menciona el lugar de donde eran los pescadores que le indicaron la existencia de flujo y reflujo en el estero.

(4) *F. H. A.*, II, 107; GARCÍA Y BELLIDO: «Cartagena en la antigüedad», *Inv. y Prog.*, 1943, 296.

día, sino en las extremas de todo el año (1), y que la circunstancia favorable del viento norte es una cosa con la que, premeditadamente, no podía contar Escipión. Si la cosa queda sencillamente en que el Armajal era vadeable siempre, parece raro que los autores coincidan en hablar de la marea. Por esta razón pueden intentarse las siguientes explicaciones: a) existía un paso conocido por los pescadores, que podría quedar al descubierto o con poca agua al bajar el nivel 20 centímetros, cosa a la que nos podríamos inclinar con el texto de Livio, sin hacer mucho aprecio de la profundidad («hasta la cintura, hasta las rodillas»), porque entonces sería indiferente algo más o menos de agua; b) Polibio dice al narrar el vadeo «echa a andar a porfía por el pantano», sin especificar que lo atravesen, como hace Livio. Por otra parte se nos ocurre pensar que quinientos hombres con escalas atravesando el extenso pantano en pleno día tuvieron necesariamente que ser vistos por los sitiados, y entonces sería imposible que «no sólo aplicaron las escalas sin peligro, sino que subieron y se apoderaron del muro sin sacar la espada». No creemos difícil que los soldados romanos, en vez de atravesar el estero, lo bordeasen por el pie de la muralla, en espacio que, evidentemente, debía quedar en seco, o poco menos, con el reflujó, aunque fuese éste tan sólo de 20 centímetros. La misma muralla ocultaría a los asaltantes y entonces, lo imprevisto del ataque y la confusión del asalto por otros puntos, pudieron hacer que la sorpresa fuese absoluta.

Nos inclinamos a suponer que el agua llegase a besar el pie de la muralla, porque en otro caso no se explicaría la confianza de los sitiados en la protección que el estero pudiese dispensar a la ciudad.

Otro punto oscuro es el lugar por donde entraron los soldados en el recinto; hubo de ser necesariamente en la muralla comprendida entre el desagüe y el monte de San José. Todo este espacio está cubierto por los montes Molinete, Sacro y San José, estando éstos casi unidos y muy separado el Molinete desde el peñasco que hay frente al cuartel y Parque de Artillería, hasta la actual embocadura de la calle de San Fernando. Menos probable es una entrada por el vallecito que hay al pie de la Casa de Misericordia, entre los montes de Saturno y Aletó. La altura de la muralla en cualquiera de los montes debía ser considerable, mientras que en el trecho indicado tenían que apearse sobre el suelo. Sobre el terreno se advierte aquí una depresión que servía de vertedero de aguas de toda esta zona de la Serreta en el Almarjal. No puede ser otro el lugar del asalto. El texto de Livio «la muralla en aquel punto no estaba

---

(1) Debo estas noticias al E. M. del Departamento Marítimo. A veces, en circunstancias excepcionales e irregulares, puede ser mucho mayor la marea, llegando el mareógrafo de Alicante a registrar 1.726 mm.



fortificada porque la naturaleza del terreno y la barrera de agua la habían hecho considerar inexpugnable», no está muy claro, como gran parte de su narración de estos combates.

Los soldados que treparon a la muralla corrieron por ella hasta la puerta; no muy lejana, y una vez allí, atacando por la espalda a los que la defendían, lograron abrirla, de acuerdo con los de fuera, mientras que aprovechando el desconcierto los de las escaleras se apoderaron de las almenas: Los que entraron por la puerta —en orden de batalla con sus jefes y sin dejar las filas, según Livio— tomaron el Monte Esculapio, llegando hasta el Foro. Para atemorizar a los paisanos se ordenó un degüello general que solamente cesó, siendo sustituido por el saqueo, cuando se rindió Magón, que logró defenderse algún tiempo en el Molinete. Escipión, que había atacado con mil hombres la ciudadela, pasó la noche en ella, siendo acumulado el botín en la plaza y apostándose los flecheros, a los que se hizo venir del campamento, en el monte de la Concepción.

De esta forma, tan rápidamente, se tomó la plaza más fuerte que poseían los cartagineses en España y comenzó visiblemente su decadencia. El hecho ocurrió en el año consular 210-209, en la primavera y al segundo día del asedio, hacia el mediodía.

La empresa militar es una de las más notables que registra la historia y una osadía difícilmente superada. Schulten llega a decir que «por la pérdida de la plaza y los soldados de España, se explica que Aníbal, desde 206, ya no sea capaz de vencer a los romanos», y aunque dicho así parezca algo exagerado, tiene un gran fondo de razón.

El botín obtenido fué inmenso, narrado por Livio y exagerado por Valerio Ancias: ciento veinte catapultas de las más grandes, doscientas ochenta y una de las pequeñas; veintitrés balistas grandes, cincuenta y dos pequeñas; extraordinario número de escorpiones grandes y pequeños, de armas ofensivas y defensivas y setenta y dos enseñas. Además, considerable cantidad de oro y plata; doscientas setenta y seis pateras de oro, casi todas de una libra de peso; dieciocho mil trescientas libras de plata trabajada o acuñada, y gran cantidad de vasos de plata. Se encontraron, además, cuarenta mil modios de trigo y doscientos setenta mil de cebada. En el puerto fueron forzadas y capturadas sesenta y tres naves, algunas con su cargamento, compuesto de trigo, armas, cobre, hierro, velas, cordajes de esparto y otros materiales necesarios para el equipo de las flotas.

Hizo además, cerca de diez mil prisioneros, libertando a los naturales de Cartagena; unos dos mil artesanos fueron declarados esclavos del pueblo romano y se les prometió la libertad, y los demás fueron a reforzar las tripulaciones de la flota. Conquistó también muchos rehenes de todos los pueblos,

más de trescientos, y los devolvió a sus lugares de origen, captándose con esto el favor de los hispanos, poco propicios, por otra parte, a los cartagineses, desde que la suerte militar les volvía las espaldas.

Hasta la saciedad repiten todos los libros los conocidos casos de la entrega de coronas murales, la continencia de Escipión y el diálogo con la mujer de Mandonio, hermana de Indíbil. El primer episodio, la disputa entre Quinto Trebelio, del ejército de tierra, y Sexto Digicio, de la flota, sobre quién había puesto el primero pie en la muralla y la concesión de una corona mural a cada uno, se relaciona con la corona mural del escudo de Cartagena (1).

Los otros, de gran belleza literaria, no hacen más que señalar la extraordinaria prudencia de Escipión y su conocimiento de la idiosincrasia de los iberos, más propicios a dejarse convencer por la bondad que por la fuerza. (2).

(Comunicación leída en el I Congreso de Arqueología del Levante Español.)

---

(1) Cfr. CASAL: *El escudo de armas de la Muy noble y Muy leal Ciudad de Cartagena*, año 1929.

(2) El episodio de la mujer de Mandonio se resume en que Escipión prometió cuidar de las mujeres como si fuerán sus hermanas o sus hijas. El llamado de la continencia de Escipión, muy difundido, incluso en pintura supuesta del Pinturricchio, en El Prado, fué la entrega de una bellísima prisionera a su prometido Allucio, dándole, además, el precio del rescate que los padres llevaban como dote. (POLIBIO, X, 18, 3, 10-19, 3; LIVIO, XXVI, 50; DION CASIO, FR., LVII, 42; FRONTINO, II, 11, 5; FLORO, I, 22, 38; CORNELIO NEPOTE, *De Vir.*, III, 49; VALERIO MÁXIMO, IV, 3, 1; AULO GELIO, *Noches Att.*, VII, 8, 3; POLIAENO, VIII, 16-6 (en *Oinussa*).

